

Año 8, No. 18 / Octubre 2017



# CÓDICE



Revista del Centro PEN Guatemala

# Cardoza para todos

Páginas 10 y 11

## COMUNICADOS

**E**n el **Centro Pen Guatemala**, Capítulo nacional del **Pen Internacional de Escritores** Con sede en Londres, Inglaterra, nos preocupa altamente el clima de inseguridad que se está perpetrando insistentemente contra la Comunicación e Información mediáticas, cuando fuerzas oscuras emiten amenazas represivas contra algunos medios informáticos como *Guatevisión* y otros no oficiales, así como a periodistas de opinión que han vertido sus impresiones develando la situación crítica política y diplomática tanto como judicial, que estamos experimentando los guatemaltecos a los dos años de establecido este gobierno.

De acuerdo con nuestros objeti-

vos, propósitos y metas, al tenor del **Pen Internacional de Escritores**, denunciamos estas dolosas intenciones que no dudamos provienen de todas las escalas de huestes que han esquilado la economía del país en detrimento del desarrollo justo y sano de la población guatemalteca. Ofrecemos nuestro apoyo solidario a quienes sufren los ataques para acallar su voz mediática. Exigimos de las autoridades competentes del gobierno el irrestricto cumplimiento de artículo 35 de la Constitución de la República de Guatemala y exhortamos a los connacionales periodistas y escritores estar atentos para denunciar en cualquier momento estos vejámenes contra el derecho a la libre expresión del pensamiento en general.



**E**n el **Centro Pen Guatemala**, capítulo del **Pen Internacional de Escritores** cuya sede está en Londres, Inglaterra, nos preocupa profundamente la dirección extremista que han tomado las reacciones de los sectores empresariales nacionales e internacionales, compañías extractivistas de minerales valiosos que tratan de obtener de distintas minas impuestas en el territorio nacional, con el contubernio del gobierno guatemalteco y sin consultas con las poblaciones afectadas por tal acción. No importa si aducen estar creando empleos y desarrollando la economía de dichas poblaciones. Todos sabemos que es todo lo contrario y de que *extractivismo* significa en estos momentos, la extracción de la fuerza de trabajo humana y la explotación de las riquezas naturales de nuestros territorios en provecho de tales megacompañías y

en menoscabo de la salud de los habitantes así como de la misma naturaleza circundante.

Tales reacciones han sido encaminadas a amedrentar a todos aquellos y aquellas que se oponen, reportan y escriben como periodistas y reporteros tales desmanes perpetrados a la ciudadanía guatemalteca y a la soberanía nacional, al tenor de anteriores épocas represivas que se suponía ya superadas..

Por lo expuesto, **El Centro PEN Guatemala** se solidariza con los afectados directamente y con los agentes de la comunicación e información que cumpliendo con sus derechos de la libre expresión, comunican a la población en general los hechos denunciados, tal la APG y otros medios de comunicación alternativos.

### CENTRO PEN GUATEMALA

Gustavo Bracamonte Cerón, **Presidente**. Karla Olascoaga Dávila, **Vicepresidente**. Juan Antonio Canel Cabrera, **Secretario**. Víctor Manuel Muñoz, **Tesorero**. Carlos René García Escobar, **Vocal I**, Eduardo José Blandón Ruiz, **Vocal II**, María Josefa Sandoval Ayala, **Vocal III**.



**Este número de Revista Códice fue impreso gracias al patrocinio del Viceministerio de Cultura, a cargo del licenciado Maximiliano Araujo.**



## Directorio



JUNTA DIRECTIVA 2017-2019

**Gustavo Bracamonte Cerón**  
Presidente

**Karla Olascoaga**  
Vicepresidenta

**Juan Antonio Canel Cabrera**  
Secretario

**Víctor Muñoz**  
Tesorero

**Carlos René García Escobar**  
Vocal I

**Eduardo Blandón**  
Vocal II

**María Fernanda Escobar**  
Vocal III

### CONSEJO EDITORIAL

Dennis Escobar Galicia, Director  
Juan Antonio Canel Cabrera  
Eduardo Blandón  
Karla Olascoaga

### AUTORES DE ESTE NÚMERO

Pablo Sigüenza Ramírez, Luis Ortiz,  
Victoriano Díaz, Dennis Orlando  
Escobar Galicia, Jaime Barrios  
Carrillo, Vicente Antonio Vásquez  
Bonilla, Sucely Pérez, Ricardo  
Rivera Chavarría. Juan Antonio  
Canel Cabrera, Sandra Álvarez,  
Margarita Carrera.

Revista *Códice* es un producto editorial  
del Centro PEN Guatemala



codicepen@gmail.com  
centropenguatemala@outlook.com

Diseño, diagramación e impresión  
**Editora Arizandieta**  
Octubre 2017



## Presentación

**Este número 18 de Códice  
contiene los siguientes escritos literarios:**

*Pintar interiores* de Pablo Sigüenza Ramírez es un relato en donde se magnifica la práctica personal de pintar casas de alquiler. En uno de los párrafos el autor dice: «Pintar interiores no es una cosa sencilla: tiene una ciencia, una gracia y un arte, pero principalmente una filosofía.»

*Un torrente de palabras* de Luis Ortiz es un breve ensayo en donde el autor destaca que los ríos son fuente de inspiración para los escritores, poetas y compositores musicales. «Tenemos el caso del Mississippi de Mark Twain, el Duero de Antonio Machado, el Guadalquivir de García Lorca y el Danubio de Johann Strauss», escribe Ortiz.

*El huevo* de Victoriano Díaz es un cuento muy característico del área rural guatemalteca. En hogares donde no abunda el dinero se come siempre lo mismo: frijoles recalentados, tortillas y café amargo. Pero un día cambia la situación cuando se escucha el cacarear escandaloso de una gallina...

*Mi abuelo y la perra* de Dennis Escobar Galicia es un cuento en el que el autor rememora al abuelo y la perra, ambos accidentados en el mismo lugar.

*Cardoza para todos* de Jaime Barrios Carrillo es un ensayo que enaltece el pensamiento de Luis Cardoza y Aragón, escritor guatemalteco nacido y fallecido en dos años emblemáticos, 1901 y 1992. «Cardoza y Aragón es un continuador del pensamiento de José Carlos Mariátegui, al cual conoció en París y con quien colaboró con textos para la revista *Amauta*», escribe Barrios Carrillo.

*En busca de mi árbol* de Vicente Vásquez es un cuento filosófico en el que un hombre «cansado de rodar por el mundo, al igual que lo hacen los elefantes, según dicen, al presentarse el final de sus vidas; buscó retornar al lugar en donde había dejado enterrado su ombligo (...).»

*La belleza del olvido* de Sucely Pérez es una reflexión literaria acerca del olvido. En el escrito alguien decide entrar al lugar donde había guardado cajas llenas de hojas con garabatos, intentos fallidos. Pero al levantar la última caja encuentra un cuadro con muchos colores que llenan su corazón de paz.

*Sigue mis huellas* de Ricardo Rivera Chavarría es un breve escrito filosófico sobre el camino del bien y el mal.

*Las Ventanas* de Juan Antonio Canel es un comentario sobre el libro *Mis ventanas* de Gustavo Bracamonte. «A lo largo del ejercicio poético de Gustavo hay una constante temática: la preocupación social (...).», escribe Canel.

*Hazme tuya* de Sandra Álvarez es un poema escrito por alguien que se perfila como un nuevo valor del género poético.

*Escrúpulos del escritor* de Margarita Carrera es un ensayo en donde se manifiesta que «Escribir es una tarea ardua. Implica reflexión sobre los más hondos sentimientos, concentración, sinceridad, rechazo de todo lo que se acerca al engaño, rotunda entrega a la palabra.» ■

Las opiniones vertidas incumben a los autores y al Consejo Editorial.

Apoyamos la reproducción del material publicado en la Revista *Códice*, siempre y cuando se cite la fuente: Revista *Códice* del Centro PEN Guatemala.

# Pintar interiores

Pablo Sigüenza Ramírez

Cualquiera puede pensar que pintar interiores es un trabajo monótono: pintura, brocha, movimientos de la mano, cansancio en la espalda y listo. Sin embargo para mí, esa ha sido y sigue siendo una actividad vital. Algunas personas para exorcizar sus demonios internos van a la iglesia, se confiesan con el sacerdote o el pastor, participan del rito religioso y regresan a su casa a vivir una eterna cuaresma; otras lo hacen viajando, comiendo, haciendo yoga o deporte; muy pocas se renuevan haciendo el amor. ¡Situación realmente triste! Un amigo me comentaba, hace pocos días, que este país está tan mal porque es una sociedad donde se malcoge. Una nación de malcogidos y malcogidas. Somos pocos los condenados al infierno y resucitados cada tercer día.

Yo por mi parte renazco cuando pinto interiores. Quizá por eso es que cambio de alquiler al menos cada año. Y en cada nueva casa o apartamento me dedico algunos días para escoger colores, pensar texturas y cubrir paredes de tonos y matices diversos. En cada tinte, miles de sueños.

Es curioso que después de diez años y nueve mudanzas, me man-

**Hoy terminé de pintar mi nueva casita de alquiler. Quería luz para mi soledad, y quería aire para las risas tempranas de las niñas que vienen cuatro o cinco veces por semana.**

tenga en el mismo sector de la ciudad. Mis amigos dicen que yo tengo un pie fijo en el bar Granada y que busco casa como usando un compás en un radio no mayor a dos cuadras y media. ¿Qué le voy a hacer? Me gusta el barrio y me gusta el bar.

Pintar interiores no es cosa sencilla: tiene una ciencia, una gracia y un arte, pero principalmente una filosofía. En esta década he pintado mis guardidas de forma variada. Las primeras veces usaba colores claros y uniformes: todos los cuartos del mismo verde pastel, o el mismo celeste nube. Ya sé que las nubes van del blanco al gris intenso, pero no soy responsable de los nombres comer-

ciales que usan las fábricas de pintura látex. De lo que he sido responsable es del cambio en los colores que usé en cada casa. Fue en la quinta mudanza que me las llevé de conocedor y hombre de culto por el rock, vestía siempre de negro y pinté el único cuarto que podía pagar con el mismo color. No soporté lo reducido del espacio y a los tres meses regresé a la casa celeste de la tercera avenida, escuchando más *metal* que nunca y disfrutando sus múltiples matices. Entonces descubrí que los elementos de la vida se pueden mezclar y desde entonces mis casas fueron santuario de colores diversos, un color por pared, cubos de seis colores, puertas policromáticas, furor, alegría, vivacidad, parejas, amor, paternidad.

Hoy terminé de pintar mi nueva casita de alquiler. Quería luz para mi soledad, y quería aire para las risas tempranas de las niñas que vienen cuatro o cinco veces por semana. No dudé en escoger blanco para cada centímetro cuadrado. Tendí un lienzo de ochenta metros cuadrados para mis hijas y para mí. Pintamos historias, escribimos paisajes, murmuramos canciones en cada pared de la casa. Hoy hay luna llena y la nueva casa se siente acogedora. ¿Te gusta a vos, corazón? ■

# Un torrente de palabras

Luis Ortiz

**D**esde las primeras manifestaciones de la cultura, los ríos siempre han inspirado a los artistas, lo que se ve reflejado en sus obras. Y es que cada escritor, poeta o compositor, tiene su río favorito, recreando en sus obras esa corriente simbólica, en la que fluye la vida subjetiva de cada uno.

Tenemos el caso del Mississippi de Mark Twain, el Duero de Antonio Machado, el Guadalquivir de García Lorca y el Danubio de Johann Strauss. De igual manera está el río Jupilingo, de Chiquimula, con una fuerte presencia en la obra de nuestra escritora, Flory de Gadea, y en el que se refleja su mundo interior, como testigo presencial del inevitable paso del tiempo.

En su libro de cuentos «LLUVIA DE SOL», (Editorial Artemis Edinter), Flory le dedica largos párrafos al Jupilingo, siendo algunos de ellos: «Recuerdo un caudaloso río que, cuando crecía, se rebalsaba inundando las riberas y creando ricas vegas, en donde crecía la hierba, bordando de florecitas las márgenes

**Cada escritor, poeta o compositor, tiene su río favorito, recreando en sus obras esa corriente simbólica, en la que fluye la vida subjetiva de cada uno.**

del enorme caudal... y en donde se entrecruzaban caminos tapiados de flores...» Luego agrega que «todavía muestra su poder en las cascadas y las peñas, formando playitas y pozas de peces, en donde su rugir majestuoso ahoga los cantos de las aves, que saltan en los mangales de las vegas...»

Pero el Jupilingo no solo sirve de telón de fondo a sus relatos, porque a veces interactúa con los personajes, como un protagonista más, como en el caso de David Colibrí, que sentía la necesidad de conversar con «su gran amigo y confidente», el compañero de una niñez can-

dorosa, y de quien guardaba recuerdos apacibles y tiernos.

Otro personaje era Chelino Interiano, que seguía los pasos de la mujer amada, cuando se dirigía a lavar ropa en la corriente del río. Y también está Juana «La Liberata» quien por las tardes se encaminaba al río a exhibir su cuerpo moreno, hecho de caoba, tabaco y miel, como reencarnación de una princesa maya. Sin olvidar a los despreocupados amantes, que iban al río a entrelazar sus cuerpos y trenzarlos entre la corriente. En este caso el Jupilingo era un «río cómplice», que procuraba, encubría y facilitaba los amores ilícitos.

Para terminar está el caso de la Poza del Cabro, que sirvió a los sacerdotes iconoclastas, para deshacerse de las imágenes sagradas que, según parece, eran objeto de un culto pagano, en Camotán, Chiquimula. «LLUVIA DE SOL» es la colección *florigadeana* de cuentos que, como un torrente de palabras, nos invita a darnos un chapuzón literario, por la Chiquimula de ayer, de hoy y de siempre. ■

# El huevo

Victoriano Díaz

La mañana se tornaba soledada, aún fresca por la fuerte lluvia de la noche anterior. Macario y su mujer, la Panchita, recién terminaban el desayuno: frijoles recalentados, tortillas y café amargo.

La mujer guardaba con celo lo que sobró, pues ese sería el menú del mediodía y de la cena.

Todos los días se repetía lo mismo, el jornal de Macario no alcan-

zaba para algo más.

Llevaban dos años de casados y las promesas de una holgura que le ofreció durante el tiempo de enamoramiento, resultaron estar muy lejos de la realidad. Francisca guardaba alguna esperanza, sin embargo la asaltaba ya un resentimiento, pues dejó la casa de sus padres, donde la comodidad era diferente. No bastaron las advertencias del papá y los ruegos de la madre...

—No le vemos futuro a ese tal Macario, le decían repetidamente. Sólo sabe venir a quitarnos el sueño con la guitarra y las canciones de borrachos. Ese hombre es un haragán, pero ya tenés más de dieciocho años, ya sos mayor de edad, al fin y al cabo ya sabés lo que hacés. ¡Qué se me hace que ya metiste las patas, por eso la necesidad de irte con él!... Mirá,

ni ha venido a hablar con nosotros, sólo en las noches se aparece con la mentada guitarra. Ya nos tiene hasta el copete, exclamaban padre y madre al mismo tiempo.

El corazón de Panchita palpita aceleradamente cuando el día se desvanecía y la noche se adueñaba de todo, eso significaba que su Macario no tardaría en apostarse frente la casa, trinar la guitarra, afinar la voz y cantar... cantar... cantar, luego dar toquecitos en la ventana y asomarse para verse frente a frente. A pesar de la distancia que les separaba, Francisca percibía el fuerte olor a aguardiente y tabaco. Sin embargo, el romance cada noche cobraba mayor fuerza...

—Al irte conmigo, viajaremos a otro pueblo, tengo terreno, construiremos una casa, te compraré tu máquina de coser para que hagás tu ropa, a tu gusto; me pondré a trabajar en la fábrica de un tío, él «hace muebles de sala y comedor», decía

escondiendo la cara entre las sombras y el ala ancha del sombrero.

En una de tantas citas, convenció a la Panchita para que se marchara con él. La mujer, anocheció y no amaneció en la casa de sus padres. La llevó a la casa de un amigo, quien le permitía habitarla a cambio de cuidarla. Lo del viaje a otro pueblo, la fábrica del tío, la máquina de coser, su ropa a su gusto y el tío mismo, se fueron quedando en el olvido conforme pasó el tiempo.

Macario se dedicó a trabajar de jornalero en la siembra de maíz, frijol, acarrear leña y otras cosas. El día que no «salía el jornal» las arcas de la pareja resultaban vacías.

Así, día con día, el tiempo pasaba, Panchita se fue quedando sin zapatos y Macario con la misma camisa y el mismo pantalón, según la letra de una canción que tarareaba despreocupadamente...

El silencio de esa mañana fue roto por el cacarear escandaloso de una gallina...

—¡Al fin puso esa gallina...!

—Dijo Macario frotándose las manos.

—Por lo menos está desquitando lo que se ha comido, respondió la mujer con ojos de esperanza.

—Ahora podremos comer huevo todos los días, si es que no resulta haragana, como vos.

Volvió a decir... con el reclamo a flor de labios.

—¡Momento!... Exclamó Macario, con mucho enojo... Esa gallina nos hará ricos, pondrá muchos huevos, me dedicaré a la crianza de aves, haremos una granja, compraremos un terreno, construiré la casa, compraré tu máquina de coser... ¡Ya vas

a ver la clase de vida que nos vamos a dar!

Esa noche, la Panchita se fue a la cama temprano. Macario salió con la guitarra; de lejos se escuchaba su voz, cantando «¡Llegó borracho el borracho...!»

A la mañana siguiente, el lugar de Panchita en el camastro que utilizaban para dormir, estaba vacío...

Otra vez, Panchita, anocheció y no amaneció... ■

# Mi abuelo y

Dennis Orlando Escobar Galicia

**La claridad mañanera me despabiló; me hizo «entrar en casillas». Eran casi las once de la mañana. Mi gusto supo a centavo y un calambre en el estómago me obligó a poner los pies en el piso. Me vi al espejo y recordé: hace casi cuatro años era imposible mi estancia en cama después de las seis.**

**E**se sábado, como a las diez de la mañana, entró a mi dormitorio; clavó sus dientes en las sábanas y dejó al descubierto mi cuerpo.

—*Chasqui ¡Fuera!*

Dio la vuelta, meneó la cola y salió.

La claridad mañanera me despabiló; me hizo «entrar en casillas». Eran casi las once de la mañana. Mi gusto supo a centavo y un calambre en el estómago me obligó a poner los pies en el piso. Me vi al espejo y recordé: hace casi cuatro años era imposible mi estancia en cama después de las seis. El abuelo se sentaba cerca de mi dormitorio a ver el sol y a despotricar en contra de quienes dejan las chamarras después de despuntar el alba.

—*Los jóvenes de hoy día están todos pálidos porque no aprecian la luz solar. Duermen de día y joden de noche; por eso están todos amarillentos e inútiles,* decía el abuelo con voz estentórea.

Quise ver al abuelo en el espejo pero fue imposible: era alto,

erguido, entrecano; físicamente muy diferente a mí.

Al salir del dormitorio a la regadera, la Chasqui manoseó mis piernas y ladró con desesperación.

El agua fría terminó de despabilarme y seguí recordando al abuelo.

—*Uno debe vivir para trabajar, comer, dormir; tener dinero, poder e hijos. Los vicios son cosas de desgraciados que mejor no hubieran nacido* —murmuraba el abuelo.

Parsimoniosamente salí del baño. La Chasqui olfateó el Palmolive, volteó la trompa y siguió ladrando.

—*¡Chasqui! No jodás; no estoy para aguantar a nadie,* —dije con gran enojo

Me puse *pants*. Me puse playeras. Me puse bermudas. Me puse tenis. Me puse... Con nada estaba conforme. Terminé poniéndome la misma ropa de un día anterior; sin calcetines ni demás ropa interior.

Llegué a la nevera y extraje ja-



# la perra

món y agua. Al poner en la mesa lo primero la Chasqui brincó y de una tarascada se lo tragó. El agua fría se me solidificó en la garganta al momento le sellé varios puntapiés en el culo a la causante. La sangre se me subió e iracundo abandoné mi casa. Caminé rumbo a lo que demandaba mi gusto: un buen cebiche bajado con cerveza, bien pero bien fría. Crucé la carretera y de soslayo vi cuando un perro toreó al autobús que estuvo a punto de tocarme.

Me senté, pedí lo que quería y con seguridad, acomodándome los anteojos, vi hacia afuera de la cebichería. Un patojo, casi harapiento, se acercó a la carretera, se inclinó y jaló un bulto negro; se despojó de su mugrosa playera y la colocó sobre lo que había retirado del camino; no conforme recogió piedras y las colocó en las orillas de lo que fuera su prenda de vestir. El rito del patojo me estimuló a llamarlo.

—*¿Qué fue lo que hiciste?*  
—le pregunté mientras engullía una ración de camarón.

—*Quité del peligro a un perri-*

*to y le di cristiana sepultura.*  
—*¡Vamos a ver!*

El casi harapiento patojo, vendedor de gomas de mascar y cantor en los autobuses levantó su playera y dejó al descubierto a mi perra: ¡La Chasqui!

¡Vaya sorpresa!: En ese mismo punto, años atrás un vehículo atropelló a mi abuelo de 97 años. Yo lo supe tres días después cuando fui informado que en el Hospital General se encontraba un anciano en estado de coma; sus únicas señales eran que portaba un costal con aguacates y anonas.

A mi abuelo le gustaban los perros pero de finca; no los domésticos de casa. Siempre renegó por los que yo tuve.

—*Los perros son el mejor amigo del hombre porque corren libres junto a uno y a los caballos,* —repetía el abuelo.

Regresé al mismo lugar. Tomé de la mano al patojo y le dije:

—*¡Yo vivo allá! Cuando podás pasar por aquí, llegá a casa; te daré pan con jamón y aguacate, en memoria de los dos.* ■

**Caminé rumbo a lo que demandaba mi gusto: un buen cebiche bajado con cerveza, bien pero bien fría. Crucé la carretera y de soslayo vi cuando un perro toreó al autobús que estuvo a punto de tocarme.**

# Cardoza y Aragón

Jaime Barrios Carrillo

**L**uis Cardoza y Aragón nace y muere en dos fechas emblemáticas, 1901 y 1992. Inicio de un nuevo siglo y 500 años del encuentro de dos culturas, el mutuo descubrimiento, el nacimiento de América.

El poeta y crítico argentino Jorge Boccanera, en su libro sobre Cardoza «*Solo venimos a soñar*», resalta lo poético como fuente y origen de toda la maravillosa telaraña cardoziana que rompe con géneros y preceptivas. Cardoza araña y bucea en el tiempo, con las uñas de la imaginación y los relojes del cuerpo. Nos dice: «¡la poesía nunca se deja capturar viva!»

En 1921 emigra a Europa donde permanece hasta el fin de la década. Entra en contacto directo con las vanguardias del arte y la literatura europea y entabla amistad con André Bretón, Paul Eluard, Antonin Artaud y otros. En París publica su primer libro de poesía, *Luna Park*, con claras influencias del surrealismo francés.

En 1926 se encuentra en África del Norte y publica su segundo poemario, *Maelstrom*, con prólogo de Ramón Gómez de la Serna. En Buenos Aires es incluido en la célebre antología *Índice de la poesía americana* editada por Huidobro, Borges e Hidalgo y publicada en 1926 en Buenos Aires. Con sólo veinticinco años

de edad, Cardoza y Aragón alcanza significación continental como poeta.

Desde estos primeros libros parte ya del uso de la imagen que se cruza con la paradoja. Acercándose «desde afuera» a la función y a la forma de moverse de la mente. La poesía sería la prueba irrefutable de que el ser humano es posible. Tal sentido, en síntesis conceptual y formal, expresan los versos de *Luna Park*:

Quién no está en el futuro no existe  
No mata la Esfinge  
Antes que darnos su pregunta.  
Quien sabe  
Si ella sabe  
Que sabemos  
Su secreto!

Regresa a América en 1930 y vive en La Habana donde conoce a Federico García Lorca, con quien escribe conjuntamente una adaptación del Génesis para el Music Hall de Nueva York, que no se llega a escenificar. Lorca le dedica un poema que denomina *Poema Infinito* del cual cito el siguiente verso introductorio:

«Y vi dos niños locos que empujaban  
llorando las pupilas de un asesino»

Años más tarde conmovido por la muerte violenta de Lorca en manos de enardecidos franquistas Cardoza escribiría:

«Tu niñez de campana, de misterio  
y de fuente,



Luis Cardoza y Aragón, Miguel Ángel Asturias y C

La ternura del lirio desmayado en la sangre».

A partir de 1932 Cardoza radica en México. Se dedica al periodismo cultural y a la crítica del arte. Aparecen sus grandes ensayos sobre el muralismo mexicano entre los que sobresale *La nube y el reloj*.

Con el triunfo de la Revolución de Octubre retorna a Guatemala en 1944. Funda la *Revista de Guatemala* e inspira al grupo de jóvenes escritores y artistas *Saker Ti*. En 1947 publica su obra poética capital *Pequeña Sinfonía del nuevo Mundo*. Sirve como diplomático y es también diputado a la Asamblea Consti-

# o para todos



Carlos Solórzano, en la ciudad de México (1966).

tuente. En 1948 participa en la IX Conferencia Panamericana de Bogotá como representante de Guatemala y se produce el 9 de abril después del asesinato del carismático líder liberal Jorge Eliecer Gaitán la tragedia llamada El Bogotazo, con miles de muertos y múltiples destrozos, el cual fue endilgado a Cardoza y otras personalidades por la derecha colombiana. Gabriel García Márquez en su libro de memorias *Vivir para contarla* asevera:

De Cardoza y Aragón se dijo que había sido uno de los promotores, embozado con su credencial de delegado especial del gobierno progresista

de Jacobo Árbenz en Guatemala. Hay que entender que Cardoza y Aragón era delegado de un gobierno histórico y un gran poeta de la lengua que no se habría prestado nunca para una aventura demente. La evocación más dolorida fue la acusación de Enrique Santos Montejo, Calibán, que en su popular columna en *El Tiempo*, «La Danza de las Horas», le atribuyó la misión oficial de asesinar al general George Marshall. *El Siglo*, órgano oficial del conservatismo en el poder, proclamó a los cuatro vientos que Cardoza y Aragón había sido el promotor de la asonada.

Al caer el gobierno de Árbenz en 1954, después de la invasión apoyada por Estados Unidos, Cardoza y Aragón que ya se encontraba en México decide exilarse en ese país donde reside hasta su muerte en 1992. La dictadura guatemalteca lo acusa de ser «el cerebro» del comunismo subversivo y propagar ideas exóticas en el país. A lo que Cardoza contesta públicamente con su emblemática frase: «Las ideas solo son exóticas, para el que no tiene ideas»

Octavio Paz lo recuerda como «el poeta que unió lo inseparable: la visión y la subversión, la rebelión y la revelación, por eso fue decisivo. Cardoza fue el puente entre la vanguardia y los poetas de mi edad.

Puente tendido no entre dos orillas sino entre dos oposiciones».

Cardoza nunca dejó de ser poeta a pesar de todas sus inmersiones en otros géneros. Como crítico de arte es uno de los pioneros de una estética americana, basada en la reacción poética y en la posición de que la crítica de arte también debe ser arte. La crítica es descubrir, no explicar, pues una obra no debía ser explicada sino se explicaba por sí misma.

Cardoza y Aragón es un continuador del pensamiento de José Carlos Mariátegui, al cual conoció en París y con quien colabora con textos para la revista *Amauta*. Para Cardoza, sin embargo, el arte tenía que ser ante todo arte y la crítica también debería ser una creación artística. Cardoza situaba primero la obra, histórica y socialmente, asumiendo el crítico su papel de intermediario entre el espectador/lector y la obra de arte/literaria.

García Márquez en el párrafo final de su discurso de aceptación del Premio Nobel afirma:

El premio que acabo de recibir lo entiendo, con toda humildad, como la consoladora evidencia de que mi intento no ha sido en vano. Es por eso que invito a todos ustedes a brindar por lo que un gran poeta de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre: la poesía. ■

# En busca de

Vicente Antonio Vásquez Bonilla

I

**E**l hombre cansado de rodar por el mundo, al igual que lo hacen los elefantes, según dicen, al presentir el final de sus vidas; buscó retornar al lugar en donde había dejado enterrado su ombligo; consideraba que era el sitio más apropiado para exhalar su último suspiro y para que sus cansados huesos encontraran el descanso eterno.

Regresaba derrotado por la vida, viejo, agotado, solitario, arrastrando con desgano un costal con sus pocos trapos y tan pobre que ni siquiera de zapatos disfrutaba.

Mientras se acercaba al punto de su destino, un amigable gato se unió a sus cansados pasos. No le prestó mayor atención.

Sabía de antemano, que el humilde rancho de sus padres ya no existía, pero deseaba visitar el lugar y acercarse al árbol que tantas

aventuras lo hizo vivir en su niñez y reposar a su sombra. En esos lejanos días, en él, se creía un Tarzán y mil personajes más, dependiendo de su estado de ánimo y de su imaginación.

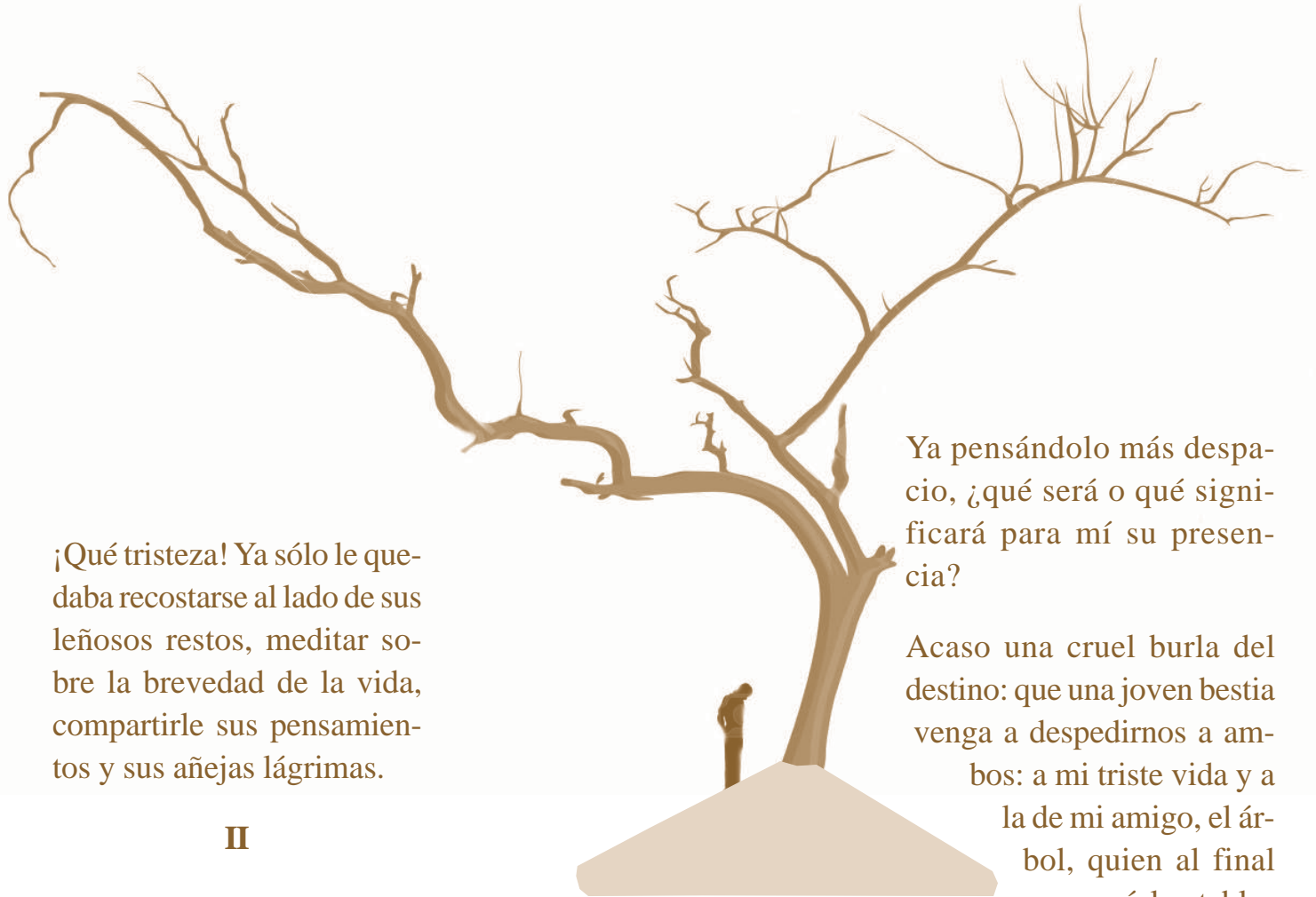
En ese tiempo, el árbol podía ser cualquier cosa: un barco, un avión, una selva...; pero el árbol era más que todo eso, era su amigo y deseaba que al momento de su partida de este mundo, lo acunara; soñaba con que de él salieran las tablas con las que construiría su ataúd.

Llegó. Pero qué decepción, el árbol se le había adelantado en el viaje sin retorno. Ya sólo era un recuerdo de su infancia, en él ya no anidaban los pájaros, ya no podría subirse a sus ramas y otear el horizonte en busca de sus antiguos sueños, los que nunca se cumplieron.

**¡Qué tristeza!  
Ya sólo le quedaba recostarse al lado de sus leñosos restos, meditar sobre la brevedad de la vida, compartirle sus pensamientos y sus añejas lágrimas.**



# mi «árbol»



¡Qué tristeza! Ya sólo le quedaba recostarse al lado de sus leñosos restos, meditar sobre la brevedad de la vida, compartirle sus pensamientos y sus añejas lágrimas.

## II

Y este amigable, pero fastidioso gato que salió de quién sabe dónde -se dijo-, le dio por seguirme, maullando y sobándome a cada instante en busca de caricias; ahora el muy ladino, tranquilo, se ha echado a la par mía, descansa y ronronea complacido, distrayéndome de mis pensamientos. Por ratos me

dan ganas de mandarlo al carajo o al Registro Civil –sonrió–, para que averigüe quién es su tata y no me esté molestando; pero no, no le negaré las caricias que añora. Si yo ya no tengo quién me dé cariño, por lo menos le brindaré las migajas del mío.

Ya pensándolo más despacio, ¿qué será o qué significará para mí su presencia?

Acaso una cruel burla del destino: que una joven bestia venga a despedirnos a ambos: a mi triste vida y a la de mi amigo, el árbol, quien al final me negó las tablas

para mi cajón o vendrá a tratar de animarme y hacerme soñar con sus supuestas siete vidas.

¡Pero no, gracias! Vivirla siete veces y pasar de nuevo por todo ese calvario de mi existencia y al final nada. Ni loco.

¡Con una es suficiente! ■

# La belleza del olvido

Sucely Pérez

**S**e detuvo frente a la pesada puerta de madera a la que no le prestó atención en los últimos años; a decir verdad, la evitaba a propósito para no entrar en la habitación que custodiaba. La había pintado con el mismo color de la pared para que fuera más fácil ignorar su existencia. Ese día observó que la pintura se descascaraba.

Le aterraba la idea de entrar, hacía mucho tiempo que deseaba desaparecer sus tristezas y creyó que escondiéndolas podría dejarlas atrás, apenas recordaba lo que había puesto en esa habitación. Era seguro que limpiar tomaría mucho tiempo y ¿qué haría con todo lo que había guardado allí? Se quedó estático durante unos minutos; abrir esa puerta significaba un evento importantísimo.

Pensó que ya no era agradable tener una bodega para sentimentalismos, se armó de valor y con determinación llevó los utensilios para limpiar.

Abrió la puerta lentamente y esta le obsequió un rechinado tétrico que le sobresaltó. La lámpara no funcionaba, así que no tuvo más opción que descender con cuidado por los escalones.

Sintió un nudo en la garganta cuando se encontró en medio de la oscuridad absoluta y solo podía percibir el olor del encierro. De pronto recordó que en aque-

lla fría habitación había una forma de ver luz; caminó al fondo para quitar la cortina que cubría una ventana. Haló con fuerza y la tela cayó al suelo permitiendo que el espacio se iluminara; entonces pudo ver cajas llenas de hojas con garabatos, intentos fallidos.

Sintió culpa, había guardado sus equivocaciones durante tanto tiempo. Cuántas cosas podría haber hecho, cuántas ideas habrían surgido. Sintió que el polvo le irritaba los ojos cuando unas lágrimas salieron precedidas por la mezcla de nostalgia y coraje. Odiaba haber sentido miedo de las sombras que creía esconder allí.

Se esforzó para sacar las cajas empolvadas; al levantar la última encontró un cuadro con muchos colores que llenaba su corazón de paz. De manera inesperada el sentimiento de pesar fue menor y supo que aquel cuadro era hermoso: había surgido de los errores que ahora dejaba ir. Una sonrisa apareció en su rostro, el desastre que había escondido durante tantos días y noches había tenido un bello resultado.

Se apresuró a sacar todo y pronto se sintió renovado, el polvo se había ido y el cuadro adornaba la pared blanca.

La puerta no se volvería a cerrar. ■

# Sigue mis huellas

Ricardo Rivera Chavarría

**A**ún con sus ojos a medio quemar, Lucifer pudo divisar, para su grata sorpresa, el trazo perfecto de unas huellas de sandalia que marcaban el camino en la arena de aquella playa.

Él, con la imposibilidad de la palabra «perdón», quiso escupirla o robarla secretamente, decidido a romper de una vez por todas las leyes del Universo. Dejó que su inquietante forma realizara el intento de alcanzar la última huella de aquella casi infinita fila de pasos de sandalia, con la sacrílega intención de borrarla y darle así otro nuevo y fantástico propósito a la fe cristiana, dentro de este mundo nuevo aún por pastorear.

El intento pareció ser apenas una victoria cuando su inquietante forma realizó un vuelo perfecto y aterrizó siniestramente. Tuvo tiempo para ver cómo su pezuña casi logra alcanzar la postrera huella, pero en ese instante el último rayo de sol se perdió en el horizonte.



# Las ventanas

Juan Antonio Canel Cabrera

Siempre me fascinó esa primaria y doble función que tienen las ventanas: permitirnos ver hacia afuera y, a la vez, dejar que desde afuera la imaginación juegue a diseñar la intimidad que se resguarda de los ojos transeúntes. La ventana, según el lugar en donde uno se coloque, puede ser luz u oscuridad. Es decir evidencia o misterio. De un lado permite ver; del otro, imaginar. Y aún hay un aspecto más misterioso de las ventanas: cuando están cerradas. Baudelaire se encarga de recordárnoslo:

«Quien desde fuera mira a través de una ventana abierta, jamás ve tantas cosas como quien mira una ventana cerrada. No hay objeto más profundo, más misterioso, más fecundo, tenebroso y deslumbrante que una ventana tenuemente iluminada por un candil. Lo que la luz del sol nos muestra siempre es menos interesante que cuanto acontece tras unos cristales. En esa osquedad radiante o sombría, la vida sueña, sufre, vive».

La utilidad práctica de las ventanas ha sido segundona respecto a la de las puertas. La puerta se abre y uno entra; sin embargo, la ventana es una especie de centinela que deja imaginar pero no permite la entrada; salvo que se trate de la entrada nocturna, al estilo de Julián Sorel, al cuarto de Madame de Rênal. Eso, como digo, sucede en el terreno práctico. No así en el lenguaje poético. Porque lo poético no es práctico, aunque sí funcional. La puerta permite entrar y constatar la realidad del cuarto, de la casa, del edificio; la ventana, no. Y allí está anidado lo maravilloso de la poesía-ventana: nos permite imaginar otra realidad que, quizá, sea imposible, lo cual no le quita el gozo lúdico o trágico de la imaginación. Y aquí es donde aparece Gustavo Bracamonte con su nuevo poemario *Ventanas*.

A lo largo del ejercicio poético de Gustavo hay una constante temática: la preocupación social; la indagación y comprensión de los hondos problemas de la sociedad sin dejar a un lado la hondura personal, la tristeza, el amor, el llanto. Todo el andamiaje de su arte está reforzado por su



sensibilidad social. No es una sensibilidad ejercitada desde una ciudadela desvinculada del contacto humano sino, por el contrario, ha sido puesta a prueba en su transitar por los propios caminos del pueblo; no es un arte que se funde en lo libresco sino que la imaginación surge del contacto social; de conmoverse ante las injusticias y arregar a favor de una sociedad fraterna. Su poesía, en ese sentido, siempre ha sido un cantar del pueblo. Pero estamos sabidos que el pueblo no solo canta sus alegrías; también sus tristezas; sus sueños y desencantos. Ama y odia. Por eso, las ventanas de Gustavo son una especie de ojos del pueblo; según el punto de vista, permiten ver lo luminoso de la vida y, también, lo oscuro.

«Por la ventana  
entra el diario de las putas y  
su estriptís de necesidades,  
el olor a pólvora  
de mundo agonizante,  
tufo a gorjeo quemado  
a carne descompuesta,



ciega y muda de cantos».

No obstante, Gustavo recuerda:  
«Mi madre decía,  
es necesario que las ventanas  
estén siempre abiertas  
que la gente de las casas  
respire vida  
no quede ciega  
no quede sorda de mundo y  
se repare humanamente  
del dolor de país en trance».

Y se repite la vieja pregunta sobre si la realidad necesita poetizarse; sobre si es estéril o efímero que se haga. Gustavo, a través de los poemas que componen *Ventanas*, nos dice que sí; que la realidad necesita poetizarse para que nos sensibilice; para que nos haga más humanos y nos recuerde el compromiso de la fraternidad. ¿Es un compromiso la fraternidad? Sí; es un compromiso para nuestra propia sobrevivencia; para que la violencia no nos rebalse y nuestra conexión con el mundo y la naturaleza sea de respeto, de alegría, de promisión. Para que nos muestre a los humanos cómo somos y nos ayude a entendernos.

La realidad, al poetizarse, se convierte en idealidad; es decir, en otra realidad que, por imaginaria es posible; a la que aspira el poeta para que se convierta en canción, en proclama, en denuncia, en amor, en testimonio de vida.

Muchos dirán: «Yo no he visto que un poema componga las circunstancias o arregle las situaciones». Como diría un conocido mío: puro cierto; un poema no arregla la situación de manera directa; sin embargo ayuda a que la veamos de manera más profunda; que la razón le reserve un espacio a la intuición. Que la lógica copule con el sentimiento. Nos ayuda a no ver solo la superficialidad sino a indagar en lo profundo y misterioso de cada ser humano; de cada sociedad. La poesía es el ablandador de nuestra carne: le permite a nuestro espíritu que se esponje en ella para sentir de mejor manera su conexión con el mundo y las personas. Por eso, a través de la poesía se puede evocar las viejas ventanas, quizá ya desaparecidas y sentir que:

Me viene el olor a naranja madura,  
a níspero recién masticado en la vega del abuelo,  
a almendra recién caída al patio de la casa.

¡Ah, misterio poético el de las ventanas! Pueden estar en las casas de habitación, en las casas de muñecas de los

juegos infantiles, en los castillos de arena que construimos a la orilla de la playa, en las camionetas, en el hospital y hasta en el nombre de un sistema operativo en el mundo de la computación; solo que lo llamamos en inglés: *Windows*. Algo tendrán las ventanas que son tan emblemáticas para el ser humano. Sin embargo, las pasamos tan desapercibidas. Tiene que venir el poeta para que corra las cortinas de nuestros ojos y las veamos como agujeros de contemplación.

Por otro lado, las ventanas sucias de un vehículo, por ejemplo, sirven para que los jóvenes jodones escriban sobre la superficie polvorienta: «lávame, coche». Las ventanas pueden, también, mostrarnos su veleidosidad por medio de su indiscreción; si no, que lo diga Hitchcock en su película, *La ventana indiscreta*. Asimismo la ventana, como comunicadora de la tragedia, nos permite ver al piloto de autobús asesinado y cubierto por una lona percutida que se burla con desdén de la vida y nos hace pensar que:

«La vida huye fragmentada de pies a cabeza,  
huye vida  
viendo de soslayo a la gente disminuida,  
Hilvanada con redes sociales,  
huye vida  
oscurecida con gobiernos magros y  
el puntual culto a la indiferencia y a lo inicuo.  
Huye vida...»

Las ventanas, pues, bien vistas no son solo aberturas que pueden abrirse o cerrarse; también pueden llegar a ser obras de arte; vestirse de elegancia cuando muestran sus vestidos de vitrales que las magnifican con sus colores que entran durante el día y salen de noche.

Y, bueno, delante o detrás de ellas se agazapa la poesía que espera a cada momento de la vida, ser descubierta. Y ese es el mérito de Gustavo, habernos hecho el favor de re encontrar el ventanal poético y compartirlo con nosotros.

El poemario de Gustavo Bracamonte no se conforma con mostrarnos solo la poesía verbal de las ventanas; también comparte páginas con otra forma poética: la imagen; en este caso, la fotografía. Las palabras de Gustavo se acompañan con las fotografías de Vinicio Interiano que son una especie de vitral que splendece el poemario. La poesía, pues, en este trabajo de Bracamonte, es como una chava preciosa que, a su hermosura, le añade la elegancia de un vestido hecho, precisamente, a su medida. ■

# Hazme tuya

Sandra Álvarez

Hazme tuya, hazme polvo  
conviérteme en agujero negro.  
Déjame caer, como lluvia  
quiero volar, sentir el viento.

Tómame de los labios  
en pleno vuelo  
convierte en beso  
lo eterno del cielo.

Juguemos a la muerte  
construyámonos en pleno olvido.  
Juguemos a una realidad que no sea la mía  
que se convierta en color el abismo que hay entre nosotros.

Seamos verbo, seamos historia.  
Busquemos habitación en utopías ajenas  
desnudemos nuestros senderos  
develemos el camino al dolor.

Ayúdame a encontrar alma, espíritus,  
hojas por caer.  
Dibuja pétalos en mis labios  
derrama tu perfume en mis palabras  
impregna de ti mis letras.

Desentierra mis miedos profundos,  
mi caos.  
Recorre mis sentidos dormidos.  
Adivina mi futuro después de acabar con mi existencia.

Guarda la dulzura y el abismo en el mismo tesoro.  
Hazme tuya a pedazos, toda.  
Que todo vuele, que todo sea.  
Duerme conmigo, en el mismo universo...

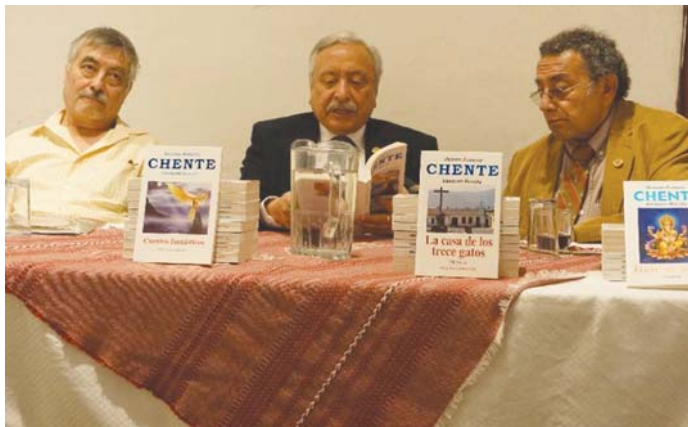
# Cuentos fantásticos de Chente Vásquez

**E**l 29 de septiembre de 2017 se presentó, en la Casa de Cervantes, el libro de Vicente Vásquez *Cuentos fantásticos*. En el acto intervinieron Vicente Vásquez, como autor; Carlos René García Escobar como moderador, y Juan Antonio Canel Cabrera como presentador. Al referirse al libro, Canel dijo, entre otros comentarios: «... *Cuentos fantásticos*, que agrupa una antología que Chente hizo a su gusto y antojo, tiene la virtud de parecer hoja de tamal y hacer que nosotros seamos la masa y la carnita que, metidos en esa envoltura y cocidos al vapor de la lectura, nos convierta la experiencia en una delicia. Pues bien, no es para que en este momento todos nos creamos tamales, pero sí para que imaginemos que los cuentos reunidos en el libro que hoy presento tienen características de banquete. En tal sentido, el libro *Cuentos fantás-*

*ticos* tiene la característica de un menú de restaurante en el cual se contienen 33 apetitosas delicias.

El libro contiene los títulos siguientes: *El espejo giratorio, Los colonos, El kalífono, Los caminos de la muerte, Lágrima de una estrella, Ejecuciones extrajudiciales, El hombre que dormía en el campo santo, El guardián del registro, Tres perros viejos, La roca, El nacimiento de un mito, Entre el amor y el deseo, El secreto de la niebla, Sílfi-de, Los parranderos, Los compadres, Metamorfosis, Amistades indeseables, Don Goyo, Ilusiones de trascendencia (I y II) El longevo, Prisionero del*

*destino, El monje, La ciudad Teresa, La predicción, Calles de oro, Falsa alarma, Matrimonio en artículo mortis, El secreto del reloj, Las ánimas, Las voces y Etha.*



Vicente Vásquez —al centro— escoltado por Juan Antonio Canel y Carlos René García Escobar.



Vicente Vásquez acompañado de su esposa y demás miembros del Centro PEN Guatemala.



# Escrúpulos del escritor

Margarita Carrera

**E**scribir es una tarea ardua. Implica reflexión sobre los más hondos sentimientos, concentración, sinceridad, rechazo de todo lo que se acerca al engaño, rotunda entrega a la palabra.

Vivir, en cambio, significa algo más espontáneo y frágil, menos pensado y por lo tanto más peligroso y desbordante. Es sentir de manera benévola o catastrófica, decir y desdecirse, hacer y des-hacer, lograrse y malograrse, llevar a cuestras mil máscaras y mentiras, fingimientos y desdoblamiento, concesiones equívocas para sobrevivir en un mundo absurdo y hostil.

Y no cabe duda, si para escribir somos exigentes y no nos permitimos deslices inadecuados, falsas apreciaciones, flaquezas y tartamudeos, para vivir obramos de manera diferente; y si en nosotros mora en menor o mayor grado el desequilibrio propio del artista, somos arrebatados, irreflexivos, desmesuradamente dádivosos o irrefutablemente egoístas, y hablamos antes de pensar, para luego agonizar pensando sobre lo que hablamos; total, vacilamos de manera pueril y con frecuencia, como dice Proust: «nos arruinamos, enfermamos, nos matamos por mentiras». Pero aquí es donde el escritor une de manera inseparable su vida a su obra: sólo «de esas mentiras» se puede «extraer un poco de verdad».

Esto es, la mentira vivida, sometida a juicio, a análisis implacable, nos lleva, sino a toda la verdad por siempre inalcanzable, por lo menos, a «un poco de verdad», que ya es bastante, porque nos acerca a nosotros mismos, y por tanto, nos ayuda en nuestro escrupuloso oficio de escritor.

La creación artística nace —a menudo— a consecuencia de la caída. El alma se derrumba dentro de sus propios abismos y en su desasosiego infinito busca una salida que le retorne a su yo verdadero. Para el escritor, la palabra es esta salida, es, por lo tanto, su salvación; en ella encuentra, por fin, algo a qué asirse, algo verdadero y estable. Y, entonces, le resulta que el oficio de escritor le es indispensable a pesar de sus rigores, de sus asperezas, de su ascetismo, de su exigencia, de su atrocidad disciplinada. Y se huye de la vida para encontrarla, inequívocamente, en el encierro del escritor, de la solitaria creación, dura gimnasia que logra rescatarnos, en parte, de las infamias del destino.

Y escribir es algo tan veraz y contundente, algo tan íntimo y delicado, que para poder entregarse a este oficio es necesario el aislamiento, que no es sino huida hacia un lugar de silencio y soledad, especie de templo sagrado en donde se solaza, el yo creador.

No faltará quien llame a ese templo «torre de marfil»... Y lo que

se produce desde esa «torre» son palabras robustecidas por el afán inconmensurable de acercarse a lo verdadero y a lo bello.

Así, el escritor si no es a menudo capaz de capitanear la nave de su vida que sufre tiempos de tempestad, que goza de calma, capitanea —con la soberbia de los dioses— la nave de su obra.

«Las penas —nos dice Proust— son servidores oscuros, detestables, contra lo que luchamos, bajo cuyo imperio caemos cada vez más, servidores atroces, imposibles de sustituir y que, por vías subterráneas, nos llevan a la verdad y a la muerte...» Un poco menos pesimistas que Proust resaltamos el lado positivo de las penas, ángeles endemoniados que nos conducen a la creación artística, pero, siendo fatalmente cierto que nos llevan a la muerte, pueden, en alguna forma esquivarla, si es que creemos en la inmortalidad de la obra de arte.

Y al saber de esta posible inmortalidad, al intuir que la creación trasciende al creador y una vez realizada tiene vida propia, el escritor —que como todo humano no desea morir— se vuelve escrupuloso con su obra, esmerado y atento: piensa en la coma, el punto, la palabra adecuada, a fin de no traicionar su pequeña verdad nacida con alientos de eternidad.